

"A LEÓN FELIPE"

DONDE se exalte el nombre de León Felipe y se rinda homenaje a su persona, no puede faltar el testimonio de mi entrañable solidaridad en el presente hacia el futuro. Y menos que en cualquier otro lugar, en el de la España la Vieja, donde pronto hará un siglo abrió León sus ojos a la luz de nuestro día, como no le faltó en la Nueva España, donde tan compañeros fuimos, trascendidos ambos por otra especie de Luz.

Alma itinerante, si las hubo, desde el viernes santo de sus partidas de nacimiento y bautismo... Alma abrupta hacia el exterior más panicada por dentro en sus entretelas blandísimas... Alma en zig-zag a fuerza de quebrarse, como los pedernales del rayo, contra las muchas agonías que le tocó vivir... Frecuente ha sido emparentar su figura, por algunos de sus rasgos, con la de Alonso Quijano el Bueno, puesto que en cuanto egregio símbolo de España, el mismo León así lo hizo. Mas por ello se entronca su presencia también con la de aquel Matamoros de Vivar, al trote de cuyo caballo se iba ensanchando Castilla a la vez que el idioma en que desde entonces discurrimos.

Pese a lo cual y pese también a la máscara de su nombre, nunca fue la de León un alma caballera. Fue la suya un alma popular, de las que transitan las leguas de su humano destino honradamente, a pie. Mediante este carácter inconfundible, por sí sola se justifica su escasa inclinación hacia las filigranas del pensamiento y del lenguaje, desdicientes de la austeridad de sus cuestas arriba. Precisamente pónese en él así de manifiesto que lo

No ha sido posible el homenaje a León Felipe en el Monumental de Madrid el día 27 pasado. Figuraban en la convocatoria escritores, artistas, profesionales, e iba a participar en el acto un número importante de poetas y cantantes. Se iban a proyectar dos cortos sobre León Felipe. Al fin se iba a tributar en Madrid un recuerdo colectivo al poeta muerto en México, pero los organizadores han encontrado tal cúmulo de dificultades administrativas (un verdadero calvario oficinesco), que —dada la inseguridad de la celebración del acto— optaron por desistir. Quizá el homenaje se lleve a cabo cerca de territorio español, al otro lado de alguna de las fronteras.

Publicamos a continuación el texto que Juan Larrea —aún vivo en su exilio argentino— envió para ser leído en este homenaje.

Juan Larrea

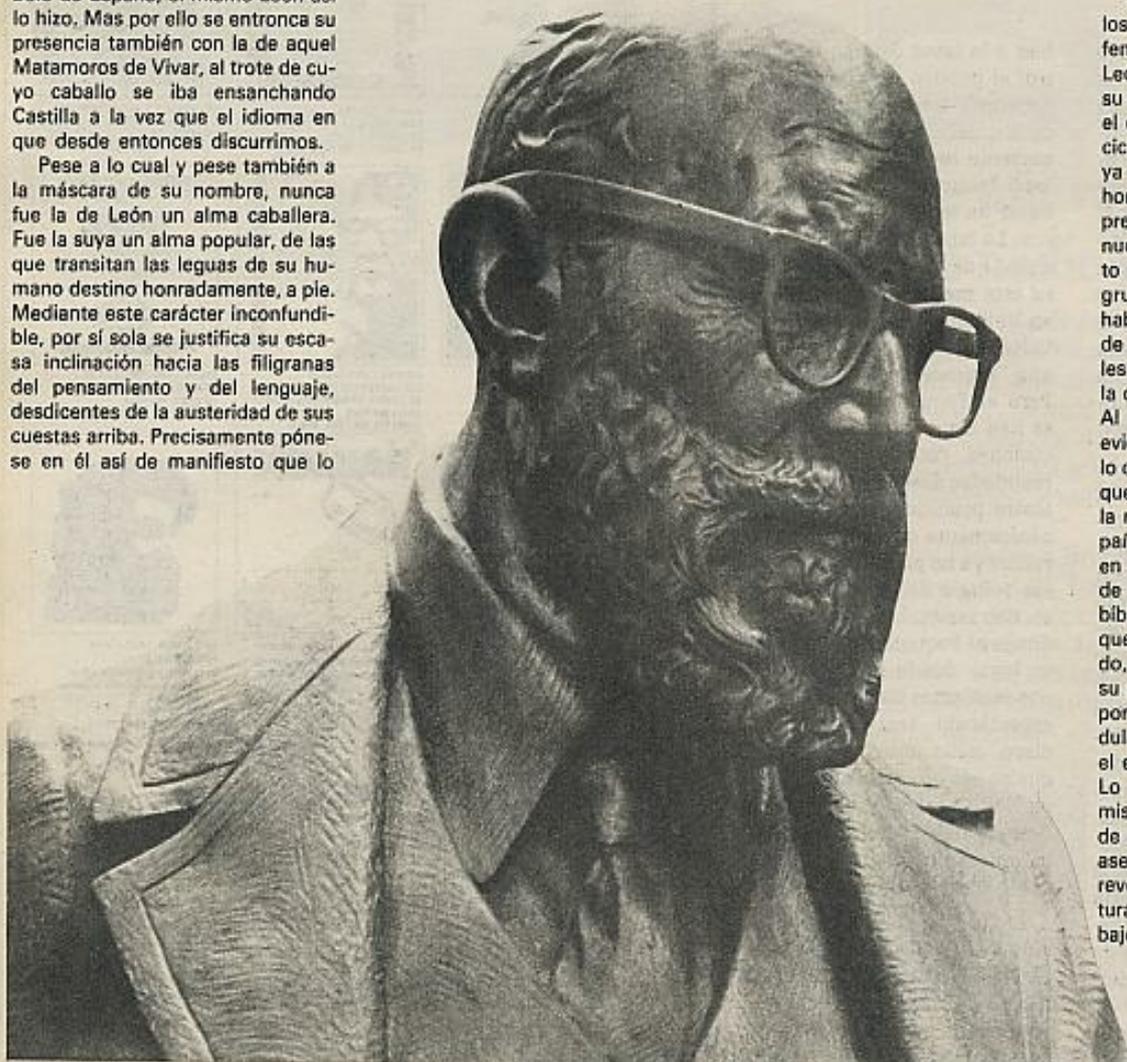
más genuino de su personalidad no procede sino en flexión secundaria, ni de nuestros héroes medievales ni de nuestras literaturas clásica y moderna. Su originalidad deriva en línea directa de una raíz más honda

y universalmente prestigiada, según se advierte sobre todo en la segunda parte de su vida. Sus auténticos mayores fueron los antiguos profetas de Israel, aquellos profetas de la legua que, en defen-

sa de las justicias del Ser a la par humano y divino, nunca tuvieron que recurrir, como tampoco León, a más fogosidad que a la del celo cardíaco que los alienaba; al clamor de aquellas sus voces calenturientas, que ni se falsean ni se imitan: la de Elías, el irascible y tremendo vagabundo; la de Isaías, el omnividente; la de Jeremías y demás compañeros del éxodo y del llanto; la de Job, malencarado con el señor del torbellino; la de Jonás, ventriculado en el signo de los signos... E inimitables eran sus clamores porque no surgían de los deseos de sus conveniencias inmediatas o de superficie, sino de la naturaleza adánica esencial que, como el Espíritu creador, irrumpe en el escenario de la Historia donde quiere y cuando quiere.

Y lo cierto y prodigioso —León Felipe nos es prenda— es que en la España de nuestro siglo ha querido.

Si no se distinguen con pulcritud los significados complejos de los fenómenos humanos, el oyente de León Felipe puede pensar que en su voz resuena supersticiosamente el eco de un Verbo que cumplió el ciclo de su moralidad en tiempos ya remotos. Error de perspectiva horizontal y, por ello, de bulto. La presencia del ser de León Felipe en nuestro siglo hispánico no es efecto de anacronismo, sino de congruentísima supersincronicidad, habiendo sido ello posible en razón de que los principios trascendentales actúan independientemente de la concatenación temporal estricta. Al contrario, lo que aquí y ahora evidencia la aparición, tan fuera de lo corriente, de nuestro vate es, a lo que entiendo, que la naturaleza de la realidad vivida por el pueblo español personificado en él, no difiere en cuanto a sus savias esenciales de la que inflamara a los profetas bíblicos del Todopoderoso. O sea, que las vociferaciones de su embudo, como llama León al altavoz de su garganta, se hallan sustentadas por el soplo vertical en cuyas modulaciones se justifica y estructura el edificio entero de la Revelación. Lo que demuestra la presencia misma de León Felipe es que, lejos de hallarse concluida como suele asegurarse, la milenaria operación revelatoria registrada en las Escrituras, continúa en realidad latiendo bajo cuerda, cifrando y descifrando,



Estatua de León Felipe en el bosque de Chapultepec.



Juan Larrea —en el centro, con gafas—, durante el homenaje que los españoles de dentro y de fuera tributaron a León Felipe en abril de 1974.

de principio a fin, el desenvolvimiento de la creación histórica, providenciada ésta por una sigilosa especie de Sabiduría poética.

Como consecuencia de las extraordinarias invenciones de la edad moderna en el orden de la ciencia racional y de la tecnología, que han transformado el medio humano e invalidado nuestros esquemas anteriores acerca del sentido de cuanto nos circunda, cada vez se torna más difícil distinguir la diferencia que separa a los auténticos valores esenciales, cualitativos, propios de la conciencia trascendental, de los cuantitativos y existenciales que con ellos se entretienen, o sea, apartar, en cierto sentido, la paja del grano. Y ello, si siempre arduo y espinoso, resulta especialmente difícil en el horizonte de la tragedia vivida en nuestro siglo por el planeta entero, y muy en particular por el pueblo de España.

Lo patente, sin embargo, para quien contempla la realidad desde donde aquí se la enfoca, es que, por hallarse coentranado a dicha trágica experiencia de nuestro país, León Felipe no es una figura poética ornamental, más o menos catedralicia si se quiere, en el pórtico de la Literatura, sino una verdadera personalidad testamentaria. Su drama congénito es precisamente el de la personalidad: el de la suya y el de la de su pueblo. Es por ello inducido el poeta a preguntarse subjetiva y angustiosamente en cierto avanzado momento: "¿Quién soy yo?", por haberse dado cuenta de no ser ya el español de los tantos que hasta entonces se creía. Y se lo pregunta idénticamente a como poco antes, con motivo del Quijote, se preguntaban objetivamente otros compatriotas renombrados: "¿Qué es España?". Ecuación, al menos aparente, según la cual León Felipe y España son dos aspectos complementarios de una

sola entidad. Si el Yo del poeta habla tanto de sí, es porque se expresa en representación de los muchos que en su singularidad se personifican. Ciertamente, su figura corresponde a un Testamento que no es el de las dos grandes épocas anteriores, del Padre y del Hijo. Perteneció a la lógica ulterioridad de uno y otro, al Testamento del Ultra español, propio de la allendidad universal, transoceánica. El suyo es el Testamento marcado con el signo marítimo de Jonás, el embarcado hacia Tarsis, característico del último Día, que indefectiblemente ha de prolongar y redondear los dos precusores. León Felipe es presencia augural del definitivo Testamento, en cuyo horizonte sin límites ha de justificarse el desarrollo creador del Espíritu; de aquel Testamento que completa y descifra, mediante sus símbolos universales, el desarrollo evolutivo del Ser adánico entre principio y fin, entre causa inicial y causa final —entendidos estos conceptos literalmente—, entre "paraíso" y "Paraíso". Es decir, aquel que otorga libre acceso al huerto imaginario de la descansada vida donde la mente humana conversaba, en el Mito de los mitos, con su Hacedor, Yahweh Elohim. (Símbolos verbales, ni que decirse tiene.)

En suma, lo que hoy está empezando a vivirse en nuestro ámbito, aunque aún no nos demos cuenta, es la época del Verbo español, predestinado para establecer la comunicación directa entre el Creador y creaturas en el espacio del Ser absoluto. Es la hora de revelar ante una Humanidad materialmente mecánica y corpuscularizada el infinito, peculiar del *homo faber* y sin Esencia común, el otro Orden hoy marginado y soberanamente superior de Realidad, que en su entendimiento sapiencial incluya a todos cuantos hablan. Y en este trance crítico, en el seno de ese crisol ardiente donde, como en los sueños medievales, el plomo se trasmuta en oro y el asfalto en luz, León Felipe es piedra poética basal, por evitar decir filosófica. Su voz de encrucijada y estruendo multitudinario es nuestra voz. El "Viento" que lo zarandea y tramita tan porfiadamente es el mismo que desde siempre ha venido haciendo girar nuestros molinos hacia el Este e hinchando hacia el Oeste nuestras velas. Las ambiciones y esperanzas que lo guían son nuestras esperanzas y ambiciones. Su fecha y lugar de nacimiento están íntimamente ligados a las del renacer de nuestro Verbo.

No cabe, pues, sorprenderse de su estilo literario bronco, como de alabón enfurecido contra las puertas de Babilonia la Grande. León es una centella en carne viva y rugiente, una injerencia del Espíritu universal por la vía de su desesperación a ultranza. Es un mito hereje por todos sus costados para las ortodoxias de cualquier índole; un

mito que en la secuencia tripartita que ha venido pautando con sentido teleológico el desarrollo secular de nuestra cultura judeo-helenocristiana, se proyecta al encuentro de la palabra germinal de la conciencia genérica. En su codicia del *Fiat* del día primero, León Felipe se mella y parte el pecho a tropezones con cuanto obstáculo se interponga en su camino. El punto a que tiende su ceguera sublimada es el *Alfa* del *Fiat lux*. Sus ojos son las razones fundamentales de su existencia, porque se hallan encajados en la *Omega* del "que es, que era y que ha de venir". Ojos lacrados a la vez que majados en la edipiana llaga de donde brotó la amargura de los mares, porque, como incrustados en su obsidiana de origen, se ven sentenciados a llorar mientras no los trascienda y regenere el milagro de la visión prometida; para sulfurarse y segregar plomo derretido en la creencia de que se hacen así merecimientos para transferirse a los jardines de la conciencia esencial, de cuyo alejamiento el grado eneguménico de su desesperación aduce testimonio. Allí donde VIVIR sea idéntico a VER. O sea, hasta que el Verbo diga, como el mismo León lo declara: "Que el llanto se haga Luz".

De aquí que la vida entera de León Felipe, la anterior y la posterior a la cuchilla de 1936, reúna las diversas caras de su pirámide ascensional en una cúspide agudísima que se ofrece al cénit en forma de surtidor de lágrimas con temeridad de pararrayos... Pudo así escucharse en su día la tremenda descarga inextinguible, el alarido penetrante como una lanzada en el costado del firmamento, el trueno finisecular que en el espasmo de su enajenación dejó la garganta de nuestro Jonás rebotando de esfera en esfera el 18 de marzo de 1938... Me refiero al grito total que rasgó de abajo arriba el velo del templo español, desnudando el sentido de la tragedia ontológica que entonces padecía el alma de nuestra tierra; al grito que por la voz de León Felipe quedó esculpido de pronto en el tímpano del Universo en letras de plomo trasmutado instantáneamente en oro para mientras el planeta gire:

ESPAÑA-CRISTO

*Toda la sangre de España
por una gota de luz.*

*Toda la sangre de España... por
el Destino del hombre.*

• • •

León: Al conmemorarse hoy el día de tu nacimiento, estás regresando al punto de tus partidas. Está regresando a su país natal "la voz antigua del hombre", o canción profética que te llevaste a la Nueva España tras haber apurado hasta las heces el amargo camino de tu Finisterre de Galicia. Puedes iniciar

una versión regenerada de tus versos y oraciones incomparables, a la que, haciéndote coro, te han de acompañar enardecidos cuantos en nuestro idioma aguardan el advenimiento de la Luz.

Indispensable es, huelga decirlo, que en la Península se modifiquen y perfeccionen las condiciones políticas, sociales y económicas vigentes, dentro de un sistema donde la libertad asiente los reales de sus fallidas democracias. Problema es éste que, como cuantitativo e impeculiar, coincide con el de las otras latitudes. Pero más indispensable aún en el reino de nuestro Ser seres humanos, es que la existencia genérica disfrute del sentido trascendental que la justifique ante la Realidad de la Vida infinita; que en el corazón o conciencia imaginante de la comunidad pueda cada uno de sus miembros tener noticia clara de quién es, y del cometido correspondiente a la especie y causal de energía potenciada en ese su quien individual, mas según los colores del arco sobre el mundo...

León: Estás volviendo a España sin renegar de tus pasos anteriores. Estás volviendo a España porque España, tras su larga permanencia en el vientre del pez grande, es ya un poco la Nueva España, la España a que tendía el viernesanto de tu nacimiento, la España de tu Pascua florida.

Por nuestra parte no nos oponemos, en tu honor, a que los muertos prosigan enterrando a sus muertos... Lo que a su vez no se opone, sino muy al contrario, a que mientras, en torno tuyo y bajo el símbolo colombino de Jonás, empecemos hoy los que aquí nos encontramos por inaugurar, invocando tu nombre, el valle que se abre más allá del mediterráneo y ancestral valle de lágrimas —del que tan hondo testimonio supo también dejar en el viernesanto de su muerte, en aquellos mismos días, nuestro amado César Vallejo—, el luminoso, prodigioso y para siempre inmarcesible VALLE DE LOS LEVANTADOS. ■ JUAN LARREA.

Nota para quien leyere: Repetidamente en el libro "Ganarás la luz", León Felipe Camino Galicia se identifica con el profeta Jonás: "Yo soy Jonás". El nombre de éste —que en hebreo, *Jonah*, significa "paloma" (Colombo)— es pronunciado en los Evangelios por Jesús, asociado a la resurrección del tercer día (*Mat XII, 39-41*, y *XVI, 4*; *Lucas XI, 29-32*; *Juan I, 42*; *XXI, 13-17*). El profeta Jonás se caracteriza en primer término por su huida hacia Tarsis, España, y su permanencia de tres días en el vientre del gran pez. En el "Juicio Final" de la Capilla Sixtina, que más que un presagio es casi un anticipo del Testamento Novísimo, Miguel Ángel dejó trazado en grandes caracteres el nombre de *JONAS* sobre la figura del Juez Adviniente.